

Infancia y familia en Castilla-La Mancha 1880-2000



Juan Peralta y Carmen Hernández

INDICE:

- Introducción	3
- La familia en el pasado	4
- La realidad actual	8
- La maternidad	11
- Los rituales de la infancia	19
- La socialización del niño	23
- Testimonios de familia	33
-Bibliografía	39

- Autor: Juan Peralta Juárez. Director del Museo del Niño.
Entrevistas: Carmen Hernández López. Profesora del IES Amparo Sanz. Albacete
- ISBN: 84-8035-102-0
- D.L.:

Introducción

La serie *Cuadernos del Museo Pedagógico y de la Infancia de Castilla-La Mancha* dedica este número a la institución familiar, de tan vital importancia para la vida del niño.

Es obvio que, desde el punto de vista histórico, no existe una diferenciación clara entre lo que ha sido la familia en Castilla-La Mancha a lo largo de la historia y lo que ha sido en otras regiones geográficas cercanas a nuestra Comunidad. Por ello, al tratar en estas breves páginas el tema al que hace referencia el título de este trabajo, lo hacemos con la conciencia de que la historia de la infancia y la familia en nuestra región es, en líneas generales, la historia de la infancia y la familia en otras regiones geográficas con las que mantenemos muchas similitudes, sobre todo la Región de Murcia, Andalucía Oriental y Extremadura. Por ello, el título no puede llevarnos a engaño, creyendo que lo que define a la familia en esta región que administrativamente conocemos como Castilla-La Mancha es exclusivo de este espacio geográfico.

Hecha la anterior advertencia, debemos decir que con estos cuadernos pretendemos divulgar entre el público en general y entre los docentes, en particular, diversos aspectos relacionados con los temas a los que hace referencia el Museo Pedagógico y de la Infancia de Castilla-La Mancha (Museo del Niño) y que pueden servirnos para conocer y, en consecuencia, valorar mucho mejor la historia de las gentes de nuestra región, es decir, la historia familiar, la historia privada de las personas que en definitiva son las que, con su abnegado trabajo y su esfuerzo cotidiano, han hecho posible la otra historia, la historia “oficial”, la que ha sido escrita para mayor gloria de los gobernantes. La historia de lo familiar está en la línea de la Escuela francesa de los Annales, la que da importancia al hacer cotidiano de las gentes de un lugar, bien sea sus costumbres o su lengua o su forma de construir la vivienda o de trabajar la el campo. Aquí son los protagonistas los hombres y las mujeres anónimos de una aldea o de un pueblo que día a día han hecho posible con su esfuerzo y trabajo diarios la realidad actual de nuestro país.

LA FAMILIA EN EL PASADO

En el siglo XIX y gran parte del siglo XX, la familia, en lo que actualmente es el territorio de Castilla-La Mancha, era *nuclear*, es decir, se centraba en la autoridad paterna y se componía normalmente de parejas con hijos; aunque, en determinados lugares del medio rural, sobre todo en las aldeas serranas, también solía darse el otro tipo de familia, el *troncal*, caracterizado por una comunidad de parientes (abuelos, tíos, sobrinos, primos e hijos), en las que el abuelo ocupaba un lugar predominante en la jerarquía social.



Casasimarro (Cuenca). 1915

En ambos tipos de familia, era frecuente el elevado número de hijos (de cuatro a diez), sobre todo en el campo, donde el padre prefería tener hijos varones en vez de hijas, con el fin de poder dedicarlos a las tareas agrícolas y ganaderas. Era tal el interés que el padre mostraba por tener hijos que, cuando ello no ocurría, llegaba incluso a recriminárselo a su mujer, retirándole la palabra, como si la madre fuera la culpable de ello.

LA FAMILIA EN LA ACTUALIDAD

“Menos hijos, pero a gusto en casa. Los abuelos, a su aire. Los padres han perdido autoridad. Las madres han ganado vida propia. Menos bodas y más divorcios. Así son las familias españolas de fin de siglo”.

(Rafel Ruiz. El Semanal)

LOS CAMBIOS

La familia actual nada tiene que ver con la de hace veinte o treinta años, y mucho menos, por supuesto, con la de principios de siglo XX. En las últimas décadas, la familia, al igual que otras instituciones, ha experimentado un cambio mucho más acentuado que en todo el siglo XX. La familia actual se diferencia sustancialmente de la de los años cincuenta o sesenta. Ahora, la madre sale de casa para realizar trabajos fuera del hogar, hay menos hijos y tardan más en independizarse. A su vez, los padres son mucho más tolerantes con sus hijos.



LAS CAUSAS DE LOS CAMBIOS

Pero, ¿qué dicen los expertos sobre las posibles causas de esta realidad? El profesor Pérez Díaz, catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, afirma: “Los cambios que está experimentando ahora la familia son herencia de los que sucedieron en los años sesenta; sobre todo es un paso hacia una familia poco autoritaria, más tolerante. Y quienes lo han dado son los que defendieron en los años sesenta el principio de vive y deja vivir”.

Según el demógrafo Lluís Flaquer, “la incorporación de la mujer al mercado de trabajo está detrás de todos los grandes cambios que está viviendo la familia”. Es obvio, que la mujer, al trabajar fuera del hogar, aporta ingresos y tiene más formación y más información. Antes la familia se estructuraba en torno al padre de familia, ahora, podemos afirmar que hay dos cabezas de familia: la madre y el padre, ya que ambos -en muchos de los casos- aportan ingresos al presupuesto familiar.

Para otros autores, el individualismo que impera en la sociedad actual está influyendo notablemente en la familia. El sociólogo Enrique Gil Calvo asegura que “antes había una dependencia moral del padre de familia, por dependencia económica. El padre traspasaba al hijo la ideología, el trabajo y las relaciones sociales. Ahora no hereda casi nada. Cada generación es mucho más autodidacta. La familia era la red protectora para los varones; ahora sirve algo de colchón, frente al paro por ejemplo, pero ya no determina el futuro de las personas; en la sociedad competitiva actual tiene ya una incidencia muy mermada”.

LA REALIDAD ACTUAL: MENOS HIJOS POR MUJER

En los inicios del siglo XXI, España tiene la tasa de natalidad más baja del mundo, en torno a 1,18 hijos por mujer, muy por debajo de la media europea. Estamos por debajo de la cifra que se considera necesaria para que exista un recambio generacional: el 2,1%. Para la gran mayoría de los españoles, el número ideal de hijos es dos, pero la realidad desmiente esa cifra, ya que muchas parejas cuando deciden tener hijos es demasiado tarde, y sólo tienen uno.

El autor de “La familia, ¿está en crisis”, Paulino Castell, afirma que “con el hijo único, la sociedad está perdiendo el sentido de solidaridad y fraternidad, pues tener hermanos es un aprendizaje para el futuro ciudada-

no”. El descenso de hijos se ha debido no solamente a la incorporación de la mujer al trabajo, sino al uso de anticonceptivos y a las necesidades económicas que requiere un número mayor de hijos.

En el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, se tenían muchos hijos porque era la única forma de que quedase al menos dos o tres en la familia, dadas las altas tasas de mortalidad infantil, y, también, porque así se aseguraba la suficiente mano de obra para ayudar al padre campesino. Ahora, todo esto ha cambiado: las mejoras higiénicas y sanitarias han permitido reducir al mínimo las tasas de mortalidad infantil, y los hijos ya no “vienen con un pan bajo el brazo”.

Otras de las posibles causas del bajo número de hijos por familia, son las escasas ayudas que presta el Gobierno a la familia, si se compara con otros países de nuestro entorno europeo, como Francia, por ejemplo. La ayuda a la familia es muy baja en nuestro país. Un estudio de la Comisión Europea señala que la media europea de apoyo a la familia representa un 7% de toda la protección social; en España no llega al 1%.

LA REALIDAD ACTUAL: HIJOS SIN PAPÁ O SIN MAMÁ

Cada vez son más frecuentes en nuestro país las familias monoparentales, es decir, aquellas en las que falta un cónyuge. Con el aumento de madres solteras y de los divorcios y separaciones, cada vez hay más familias de este tipo en nuestro país.



LA REALIDAD ACTUAL: LOS HIJOS SE INDEPENDIZAN CADA VEZ MÁS TARDE

Hasta bien entrada la década de los años setenta, cuanto antes se marchara uno de casa mejor. Ahora, la edad de la independencia de los hijos se ha retrasado notablemente. Menos hijos, pero cada vez se quedan más en casa. Y esto es algo que nos diferencia mucho del resto de los países europeos. Una de las posibles causas puede estar relacionada con la precariedad del empleo. Pero, sin embargo, lo cierto es que los jóvenes se encuentran a gusto en casa, porque los padres son más tolerantes. En países como Dinamarca o Suecia, los jóvenes abandonan el hogar a edades tempranas, para buscarse la vida por su cuenta.

LA REALIDAD ACTUAL: LOS ABUELOS YA NO VIVEN CON LOS NIETOS

Antes era frecuente ver en los hogares de los pueblos a los abuelos conviviendo con sus hijos y con sus nietos. Hoy esta imagen es inusual. ¿A qué ha sido debido? A varias causas. Primero, la familia ha dejado de ser una familia rural para convertirse en urbana, con lo que ello conlleva en cuanto al tamaño de la vivienda. En segundo lugar, el Estado del bienestar y el sistema de pensiones han logrado crear unas condiciones mínimas para que los abuelos vivan por su cuenta.

¿Qué consecuencia tiene todo esto para la educación de los nietos? Antes, los abuelos eran agentes activos en la socialización de los más pequeños y en el proceso de culturización, transmitiéndoles todo un bagaje cultural del que ellos habían sido depositarios. Antiguamente, la abuela enseñaba a su hija todo; desde qué hacer en el parto hasta cómo actuar con el bebé. Por otro lado, al “apartar” a los viejos del resto de la familia, estamos siendo injustos con los mayores, ya que estamos echando por la borda todo un potencial educador y de transmisión de valores como son o eran nuestros abuelos.

EL FUTURO

Para el demógrafo y miembro del Observatorio Europeo sobre Políticas de la Familia, Juan Antonio Fernández Cerdón, “(...) la familia se va a fortalecer, y la Comisión Europea está muy interesada en ello, porque se ve como

un sustituto de un Estado del Bienestar que anda un poco renqueante”. Amalia Gómez, ex secretaria general de Asuntos Sociales, señala que “la familia del siglo XXI va a ser mejor, cada vez más tolerante y solidaria, integrada en su entorno, con respeto al medio ambiente, con mejor salud de las personas mayores (...).

2. EL NIÑO Y EL CICLO FAMILIAR

El niño, a lo largo de la historia, ha sido el nexo de unión de la vida familiar. Era, y sigue siéndolo, el elemento que daba continuidad de un modo natural a la institución familiar. Los padres se “renovaban” en sus hijos, los que a su vez, con el paso de los años, se convertirían en progenitores que garantizarían la renovación de la especie.

Por otro lado, desde la concepción cristiana del matrimonio, los padres se veían obligados a traer hijos al mundo, ya que era una de las finalidades principales de dicho sacramento. De aquí, pues, que cuando en una familia no había hijos, por esterilidad de la mujer o del hombre (aunque en este último caso no se llegaba a considerar como tal, ya que, desde una visión machista de la sociedad, el estéril no podía ser el hombre, sino la mujer) se creía que era debido a un castigo divino (“Dios no ha querido que tengamos hijos, algo habremos hecho”) por algún pecado cometido en la juventud o en el propio seno del matrimonio.

Desde el punto de vista de la hacienda familiar, el tener hijos era una manera de asegurar el futuro de la misma, dando razón de ser al esfuerzo y a las muchas privaciones que tanto el padre como la madre realizaban en sus trabajos cotidianos, especialmente cuando eran familias campesinas, que trabajaban de sol a sol. Tener descendencia era considerado como la única manera de continuar la estirpe familiar, de unir pasado y futuro, tal como señala Jacques Gélis (1990) en su obra “Historia de la vida privada”: los adultos en edad de tener hijos establecían el vínculo entre pasado y futuro, entre una humanidad pasada y una humanidad venidera. Y en esa función reproductora y de proyección del pasado familiar hacia el futuro, era a la mujer a quien correspondía el papel fundamental, pues ella, mediante esta labor de criar al hijo y de educarle en los valores familiares, era la depositaria de la familia y de la especie.

Para que la función procreadora pudiese llevarse a cabo en su vientre, la mujer consideraba que debía someterse a un conjunto de ritos más o menos mágicos, relacionados en unos casos con sus creencias cristianas y en otros con la santería o brujería. En el medio rural, la mujer se sometía a distintos ritos de fecundidad, bien acudiendo a santuarios marianos para implorar de la Virgen María determinadas gracias para que se quedase embarazada o en caso de ya estarlo solicitar que el futuro bebé naciese con “gracia”. Otras veces, acudía a curanderos o santeros que le recomendaban beber agua de diversas fuentes o llevar a cabo diversas acciones que rayaban en la brujería.

Si un matrimonio no tenía hijos, le quedaba el remedio de la adopción, pero esto no era considerado como algo normal en el siglo XIX o en la primera mitad del XX, pues, ante los ojos de los vecinos, denotaba que algo había “fracasado” en el matrimonio, que no era un matrimonio “bendecido por el señor”; al contrario que en la actualidad, en donde la adopción es una actitud libremente tomada por aquellos padres que deciden formar una familia bien con sus propios hijos biológicos o con otros niños de otras culturas. Ahora, la adopción no es sinónimo de esterilidad, antes sí.

En muchos lugares de Castilla-La Mancha, la adopción se llevaba a cabo dentro del amplio concepto de la familia rural, acogiendo en el hogar a algún sobrino o sobrina del marido o de la mujer, con el fin de asegurar su vejez y su hacienda.

El ciclo de la vida se iniciaba en el niño y finalizaba en el abuelo. Ambos, niño y abuelo eran personajes importantes en la tradicional familia rural. Por ello, no es de extrañar el que a los niños se les pusiese el nombre de los abuelos, como un modo de asegurar la permanencia de la familia en el devenir de los años.

LA MATERNIDAD

Durante el siglo XIX y gran parte del XX, muchas mujeres veían su vida dedicada casi por completo a la cría de los hijos y al cuidado de la casa. En esas épocas era normal tener varios hijos, por lo que la maternidad se prolongaba hasta bien entrada la madurez de la mujer.

El niño venía al mundo en la habitación de sus padres, con el cuidado de las mujeres de la familia que ya tenían experiencia en estas lides. Otras veces se recurría a una partera, mujer que tenía “gracia” y buenas

mañas para traer niños al mundo. En algunas comarcas de nuestra región, como en el Campo de Hellín, se hacían determinados ritos para conseguir un buen parto. Así, en el aceite del candil se introducían los dedos índice y corazón de una mano, procurando que en dicho aceite hubiese una mosca o una hormiga muertas. Una vez mojados los dedos, se introducían en la vagina de la mujer parturienta haciendo movimientos circulares rápidos al mismo tiempo que se decía esta oración:

El aceite es óleo,
el aceite es santo,
el aceite lava,
el aceite mancha.
Que mis dedos den
a esta entraña llena
lisura y calmura
que la dejen blanda.
(Revista Zahora, nº 7. 1998)

El niño venía al mundo en la cama de los padres, pero también podía ocurrir que si nacía en invierno y para facilitar que la madre hiciese fuerza, se ponía a ésta tumbada sobre una manta en el suelo, junto a la lumbre del hogar, y apoyada la espalda en el respaldo de una silla que estaba inclinada en el suelo. Así, de esta manera, agarrada a los palos de la silla, la madre hacía fuera y con la ayuda de la partera traía a su hijo al mundo.

Para que el niño naciese bien, se decían oraciones como la siguiente: “El que todo lo puede y me mira “*dende*” lo alto me escuche: que la criatura nazca con los “huevos” en sus sitio, si es ley de Dios que sea varón; y que haga buen uso de su pechina si ha de ser niña”.

La madre amamantaba a sus hijos con leche de sus pechos hasta que aquellos tenían dientes, y cuando ello no era posible, se recurría a *amas de leche* o *amas de cría*. Los más pequeños tomaban el pecho hasta los dos años y si la madre no tenía suficiente leche se les daba leche de cabra. En Nerpio, en la Sierra de Segura, daban a las mujeres recién paridas bellotas para que produjeran más leche.

En Socovos, también en la misma sierra, se cocían semillas de higuera infernal y en el agua del cocido se mojaban paños que se ponían en los pechos de las mujeres para evitar que se les cortase el caño de la leche (Revista Zahora, nº 28).



Amamantando a sus hijos

Cuando el niño podía tolerar otro tipo de comida, también se les daba sopas y patatas del cocido y migas de harina. Tanto en La Mancha como en la Sierra era frecuente hacer migas dulces, con azúcar tostada y harina. Cuando el niño tenía dientes, participaba de la comida de los padres, comiendo patatas fritas, migas, ajo *atascacaburras*, patatas *picás*, ajo y aceite y bacalao.

Hasta la segunda mitad del siglo XX, muchas madres y muchos bebés morían en el parto o en los días inmediatamente posteriores, debido a problemas surgidos en el propio parto o en el postparto, todos ellos relacionados con enfermedades infecciosas o falta de higiene. En Castilla-La Mancha el índice de mortalidad infantil en el siglo XIX y primera mitad del XX era muy alto. Por ello, no es de extrañar que los padres relativizasen la muerte de un hijo recién nacido o con pocos días o meses, pues sabían que era algo habitual en esa época, y, además, había otros hijos que “sustituían” la vacante dejada. Se tenían muchos hijos (de 5 a 10) por muchas razones, una por el alto índice de mortalidad que existía; otra como medio de asegu-

rarse suficiente mano de obra para atender todas las necesidades de la familia: trabajos en el hogar, faenas del campo, cuidado de los animales, etc.



La mortalidad infantil era muy alta en las actuales tierras de Castilla-La Mancha. En el primer tercio del S.XX, Yeste, La Alcarria y La Mancha Centro tenían un índice de mortalidad superior al 200 por 1000.

(Ilustración: “¡Pobre madre!”. Pellicer. 1877)

En los primeros años de vida del bebé, éste solía padecer, entre otras enfermedades, la tosferina, las fiebres tifoideas, las diarreas y las ocasionadas por la miseria y el hambre. El tratamiento habitual de las enfermedades infantiles era empírico, recurriéndose en muchos casos a remedios caseros y a plantas medicinales.

La superstición predominaba en el mundo rural. Así, para proteger al bebé de determinadas enfermedades y de la propia muerte, se le colocaba en el cuello un escapulario, con la imagen del Sagrado Corazón, o amuletos. El mal de ojo era frecuente en esas épocas. Los síntomas del niño “aojado” eran la tristeza, la palidez, la falta de apetito y los dolores intestinales. En estos casos, la madre llevaba a su hijo a curanderas o *aojadoras* (mujeres con *gracia* para curar el mal de ojo), las cuales utilizaban determinados conjuros y potingues para ahuyentar dicho mal del niño. Con la presencia de una bolsita de pelos del niño y echando unas gotas de aceite en un vaso con agua, averiguaban si el niño estaba *aojado*, y, en caso afirmativo, se actuaba en consecuencia, mediante rezos y señales de la cruz sobre la frente y el pecho del niño para sanarlo. Como remedios preventivos, se ponía una cintita roja en la muñeca del bebé, a modo de brazaletes, o un amuleto a base de ajo, o un colgante en el cuello con una mano con el puño cerrado y el pulgar asomando entre los dedos índice y medio, o una bolsita con tallitos de romero. En Boche (Yeste), se arrojaba a la pila bautismal tres semillas de la planta pionia para mojar la cabeza del niño en el agua y evitarle que le hiciese el mal de ojo; luego, con dichas semillas se metían dentro de una bolsita a modo de escapulario que era colgado del cuello del niño. En La Graya se hacían estos escapularios con tres gramos de sal, tres granos de trigo, tres mollas o migas de pan, una cruz de romero, una cruz hecha con pelo de tejón rojo y tres piedrecitas cogidas en Jueves Santo o Domingo de Resurrección.



Amuleto para colgar en el cuello del niño y ahuyentar el mal de ojo

Otras enfermedades frecuentes en la infancia eran la tosferina, los dolores de cabeza debidos a insolaciones y los dolores intestinales por lombrices en los intestinos. La tosferina y otras “toses” se curaban con plantas medicinales como tisanas hechas con hojas de higuera, romero o cebolla. También se le daba al niño agua de siete fuentes distintas. En la sierra de Nerpio, a los niños que tenían lombrices les restregaban un ajo por el ano tres veces al día, y así durante varias jornadas hasta que curaba. En otros lugares de nuestra región, daban al niño infusión de hierba buena o de hinojo.

La pobreza y otras circunstancias, como el embarazo de la mujer fuera del matrimonio o el desinterés de algunas madres, contribuían al aborto o al abandono del recién nacido en la puerta de algunas casas de buena posición económica, en el atrio de las iglesias y de los conventos, en la propia calle o en las Casas Cuna (instituciones benéficas que se dedicaban a acoger y cuidar a los niños expósitos). La vida de los niños abandonados en La Inclusa (Casa-Cuna) se desarrollaba -en muchos casos- con bastantes dificultades. La lactancia del niño la realizaba un ama de cría que tenía a su cargo varios niños para amamantar, por lo que no siempre su alimentación se realizaba en las mejores condiciones. A los siete años pasaban a los colegios de desamparados.

El papel de la madre era idealizado por la sociedad y por la propia Iglesia. La mujer era, pues, la *reina del hogar*; mientras que los niños eran los *reyes de la casa*. La mujer, antes de su alfabetización masiva y de su incorporación a los estudios superiores y al mundo del trabajo, se dedicaba básicamente a parir hijos, a criarlos, a ocuparse de las faenas de la casa, a hacer agradable la vida al marido y a velar por la economía doméstica, aparte de ayudarle en las faenas del campo, cuando se trataba del mundo rural.

En las familias ricas, se recurría con frecuencia a la nodriza, mujer encargada de amamantar o criar a los recién nacidos. En estos casos, la madre se dedicaba a cuidarse, a asistir a fiestas sociales y a acompañar a su marido en aquellos actos que lo requerían. *Junto con la madre, eran las hijas y los abuelos los encargados del cuidado del niño en sus primeros años de vida. El padre, en cambio, se limitaba a representar la autoridad en el hogar, a dar cohesión a la familia, a marcar las pautas de comportamiento de los hijos, sin preocuparle esos pequeños detalles que para él eran alimentar a los hijos pequeños, asearlos, vestirlos, estar junto a su cama cuando estaban enfermos, procurarles una adecuada educación moral e intelectual... Todo esto, desde la distribución de papeles en el seno familiar, era competencia de la madre.*



Los abuelos desempeñaban un papel importante en la transmisión de valores y en el cuidado de los nietos.

Para que nos demos una idea aproximada de las funciones de la madre en el siglo XIX y primera mitad del XX, he aquí un decálogo de obligaciones dado a conocer en la revista “La madre y el niño” de 1883:

1. Criarás a tu hijo con la leche de tus pechos, y, si no es posible, vigilarás atentamente su alimentación.
2. No le destetará hasta que tenga dientes, señal de que puede digerir, y aún así, no le darás alimentos fuertes.
3. No usarás más medicamentos que los que el médico te ordene, rechazando toda intrusión de comadre.
4. Tendrás siempre limpio a tu hijo, como lo manda la madre ciencia, no abrumándole con ropa ni desnudándole imprudentemente.
5. No le obligarás a dormir en vano, ni le alimentarás a todo momento.
6. Le darás diariamente un baño de aire puro, y a ser posible, de agua fresca.
7. No le permitirás que escuche ruidos desagradables, no le expongas a focos de luz muy fuertes, ni le acostumbres a seguir sus caprichos.

Infancia y familia en Castilla-La Mancha

8. Le vacunarás sin pretexto alguno.
9. No obligarás a tu hijo a hacer esfuerzos materiales ni intelectuales que no estén relacionados con sus condiciones físicas o mentales.
10. Le acostumbrarás a sufrir las penalidades de la vida, a creer en algo, y a practicar el lema de si quieres ser amado, ama.



La buena madre. y La mala madre. Según la mentalidad del siglo XIX.
(Campi. 1877)

3. LOS RITUALES DE LA INFANCIA

Hasta bien entrado el siglo XX, se procedía a bautizar al recién nacido inmediatamente después del nacimiento, debido a la elevada tasa de mortalidad infantil que se daba en los primeros días tras el parto. Al bebé se le daba *agua de socorro* para impedirle que su alma vagara por el limbo, en el supuesto de que muriese. Si el recién nacido era varón, los padrinos (*compadres*) eran los abuelos paternos, y se era hembra, los abuelos maternos. Se solía poner al niño el nombre del santo del día seguido del de los padrinos. Para celebrar el bautizo, había una comilona basada en carne de cabrito, cordero o pollos de corral, que reunía al cura, a parientes y amigos.

Además de estas dos fiestas, había otras unidas a la infancia, como la Navidad, los Reyes Magos, el Carnaval y los Mayos. En Navidad, además de poner el belén, los niños pedían el aguinaldo de casa en casa, y luego se dedicaban a repartir lo recogido entre todos o comérselo en el supuesto de que fuesen mantecados, higos secos, bellotas, turrón...



De todas las fiestas, la llegada de los Reyes Magos era la más deseada por los niños, quienes solían poner sus zapatos en los balcones, ventanas o chimeneas para que los reyes depositasen en ellos los regalos que anteriormente habían solicitado por escrito o no. En muchas familias, los reyes solían traer regalos de lo más sencillos: un par de calcetines, una caja de mazapán, unas naranjas, una simple muñeca de cartón, una trompeta, un juego de aros o una tartana de hojalata. Los regalos más caros o más sofisticados quedaban reservados para los hijos de las familias burguesas: la famosa Mariquita Pérez (con su colección de trajecitos), muñecas de porcelana, casas de muñecas, colecciones de soldaditos de plomo y coches con pedales para los niños.



El Día de Reyes en un hogar de clase alta, S. XIX

La visita de los Reyes Magos no estaba tan generalizada en todas las casas y lugares como actualmente, pues está claro que las cosas que traían dependí-

an de la situación económica familiar. La mayoría de las veces el dinero era algo tan especial y difícil de adquirir que algunas de sus necesidades mínimas las tenían que conseguir con intercambio de productos, pero esto no importaba ya que la ilusión infantil hacía el resto, como así se pone de manifiesto en algunos entrevistados: *Para los reyes me echaban un mantecao y una onza de chocolate. Teníamos una cámara, así muy alta. Tenía una ventana muy chiquitina y allí yo ponía un poco de paja en un cesto. Decía mi madre: sube antes de que se haga de noche y ponéis la paja. Mi hermano y yo poníamos la paja y a otro día yo subía cuando me levantaba y había una onza de chocolate y el mantecado. Yo contentísima, porque el chocolate no lo probaba nunca y los mantecados los hacíamos por Navidad...Yo con seis o siete años me creía lo de los reyes magos, y decía “es que vienen los camellos de noche y lo dejan”. Yo decía “¿Cómo puede ser que tenga un camello el cuello tan largo para llegar a la ventana tan alta? Pero a mi no me entraba aquello* (Liétor). Algo distinto era en otras casas con cierta suficiencia económica donde, además de dulces y juguetes, aprovechaban la ocasión para proveerlos de material escolar: *A mis muchachos (les traían los reyes) una caja de mazapán, de esa que hacen una culebra unos anises y alguna pelota. Y a nosotras, también, un cabás para ir a la escuela, y a ellos una cartera, también para ir a la escuela. Eso siempre. Primero unos cabás que eran primero el mío de hojalata, y luego ya de cartón que parecía material. (Villarrobledo)... Llevaban una muñeca y te la ponían en la ventana o en la cama por la noche de reyes (Villanueva de la Jara).*

En las fiestas de los Mayos, los niños ayudaban a montar altares y a adornar la Cruz de Mayo en las plazas y calles de los pueblos. Luego, adornados con sus mejores vestimentas y con coronas de papel o flores o simples gorros, iban en procesión por todo el pueblo junto a la cruz o a la imagen del santo.

La Primera Comuni3n coincidía con la entrada del niño en la pubertad. Era, por lo tanto, un rito iniciático que unía lo religioso con lo pagano. El vestido de las chicas de familias pobres lo solían coser las propias madres o abuelas, mientras que en las familias ricas eran las modistas las encargadas de coserlo. Muchas veces se recurría al préstamo de esta prenda para evitar gastos. La invitación se hacía únicamente a los familiares o amigos muy íntimos. La comida para celebrarlo –sí es que se hacía- era sencilla, nada parecido a lo que se hace actualmente.



4. LA SOCIALIZACIÓN DEL NIÑO: DE LOS PRIMEROS PASOS A LOS JUEGOS DE CALLE

El niño, como individuo, era algo privado en un principio, pertenecía a la madre que lo llevaba en el vientre y nacía en una habitación privada, la de los padres, con ayuda de muy pocas personas. Pero esa *privacidad* dejaba de tener sentido desde el momento en que se comunicaba a los demás la buena nueva. Desde ese instante, hermanos, tíos y abuelos deseaban, tanto como la madre, aquel niño como un medio de asegurar la continuidad de esa familia. El niño dejaba de ser privado para convertirse en un ser público.

La llegada de un nuevo miembro familiar siempre era celebrada por toda la familia, aunque sin excesiva euforia sentimental, debido a los peligros que acechaban al recién nacido y a la madre en el parto y en los días posteriores al mismo. El padre era el que ejercía y representaba la autoridad en la familia, siendo la madre la encargada de desempeñar el papel de esposa y madre. Los hijos debían respeto y obediencia a los padres y abuelos, a quienes trataban de usted. En la familia recaía el papel socializador del niño, bien a través del padre y de la madre o del resto de los miembros (hermanos y abuelos) que convivían en el mismo hogar.

En las casas rurales y en muchas urbanas era raro que el niño tuviese un espacio propio. En los primeros meses compartía habitación o cama con los padres, para luego pasar a compartir una cama con uno o varios hermanos en otro dormitorio.

En el siglo XIX y primera mitad del XX, normalmente en casi todas las casas había cunas de madera, que solía hacer el carpintero del pueblo o el propio padre. En los hogares ricos, la cuna se convertía en un símbolo externo de riqueza, adquiriéndose en los mejores comercios. Cuando la economía de las familias no lo permitía –que era en muchos casos– se pedía prestada o alquilada.

En las casas humildes, el niño aprendía a andar gateando en el suelo de la cocina o en el corral de la casa. Algunas veces, la madre o la abuela cosían unos tirantes con abrazaderas que pasaban bajo los brazos para sostener al niño en sus primeros pasos. En otras ocasiones, se usaban *tacatás*, *andaderas* o *polleras*. Para pasear, cuando esto ocurría, el niño iba en brazos de su madre, y en muy contadas ocasiones se usaban coches de bebé, ya que estos eran caros, quedando reservados exclusivamente para familias de clase alta, que solían usar carricoches muy voluminosos e incómodos comparados con los actuales.

Para enseñarles a andar, se recurría, en la mayoría de los casos, al gateo y llevarlos de las manos: *Yo me acuerdo de ver a mi hermano más pequeño en una jarapa (tirado) en el suelo (Liétor). Es que no tenía tiempo de jugar, tenía tiempo de coger a mis hermanos de la mano y enseñarlos a andar (Villanueva de la Jara)*. A veces, se utilizaban algunos artilugios hechos casi siempre por los mismos padres: *...entonces, no me acuerdo yo con qué era... unas andaderas, también que se hacían con pana, se hacían como unos tirantes, se los ponían y cogías así de arriba y para ir andando. Y el carro también, esos de madera, que tienen ruedas, te metían en el carro y también te empujaban (Villarrobledo). Yo los metía en un carro de madera que tenía unas tablicas y un redondo en medio y tenía así como un pasador, pero de madera, pa sujetar la tabla, pa que no se cayera. Era la medida del cuerpo, y luego los sacaba, los paseaba yo por la casa (Casas de Lázaro)*.



En las familias modestas la vida se desarrollaba básicamente en la cocina; mientras que en las familias burguesas era el salón el lugar dedicado a ello. Las hermanas mayores participaban en el cuidado y educación del hermano recién nacido. Las niñas, a partir de los cinco o seis años de edad, ayudaban

a sus madres en las tareas cotidianas: barrer, coser, cocinar, fregar, alimentar a los animales domésticos y otras tareas hogareñas. El niño se dedicaba a jugar y, a partir de los cinco o seis años, a ayudar a su padre en las faenas del campo (cuidar los animales, acarrear ramas para el ganado, espigar, coger aceituna, etc.) o de la profesión que tuviese: carpintero, herrero, pastor, tendero...

En las familias rurales, los abuelos solían vivir bajo el mismo techo que los hijos y los nietos, contribuyendo con su ayuda a la socialización del niño. Los abuelos eran los encargados de cuidar del recién nacido, que dormía en una cuna de madera o aprendía a andar en una *andadera* o *tacatá*, cuando la madre y el padre estaban trabajando en el campo. Los abuelos solían contar al nietecito cuentos junto a la lumbre, mientras que la abuela ayudaba a la madre en el aseo y alimentación del pequeño y en la costura de la ropa que usaba, y le enseñaba oraciones que recitaba con él antes de dormir. En las familias ricas, el niño pasaba casi más tiempo con la nodriza que con su madre.

Los padres intentaban educar a sus hijos en el hogar a través de ejemplos e imitaciones y teniendo muy claro el papel que desempeñaba el padre (la autoridad, la experiencia, el poder) y la madre (el amor, los sentimientos, la protección). Los niños solían imitar al padre y las niñas a la madre. El trabajo, el respeto a las personas mayores, la obediencia y el respeto por el dinero ganado con el *sudor de la frente*, eran valores que se intentaban inculcar desde la más tierna edad. Las clases sociales altas recurrían a ayas para la educación de los hijos.

Los niños no eran educados igual que las niñas. Mientras que los primeros eran instruidos en las tareas del campo o del artesanado (en el caso de las familias pobres), o para desempeñar el poder en una empresa o en una actividad de servicios, en el supuesto de las familias burguesas; las niñas, en ambos casos, debían estar preparadas para ser buenas amas de casa, buenas esposas y buenas madres.



Ilustración “La hora de la costura”.1880. “El amigo de la infancia”

El miedo, el temor a lo desconocido y a lo sobrenatural, eran recursos empleados por los padres y los abuelos para atemorizar e impresionar a los hijos y conseguir que sus actos respondiesen a sus intenciones educativas. “Que viene el coco” o “Te va a comer el lobo” eran frases habituales en la educación doméstica de los pequeños en los siglos XIX y gran parte del XX. En este proceso educativo, los cuentos desempeñaban un papel relevante, sobre todo los contados por abuelos, madres y nodrizas.

En todos los niños y en todos los tiempos ha predominado el gusto por los juegos realizados en la calle. Juegos que casi todos ellos tenían en común el gusto por el movimiento, por las carreras. A través del juego al aire libre, el niño desarrollaba su cuerpo físicamente, ejercitando sus músculos, y se integraba socialmente en la pandilla.

Con la mecanización del juguete en el siglo XIX, en donde el proceso artesanal es sustituido por la fabricación en serie, se popularizan los juguetes, sobre todo los realizados en chapa de hojalata y madera. Sin embargo, el juguete ha sido a lo largo del tiempo un medio de discriminación social. Juguetes como la famosa muñeca Mariquita Pérez, o colecciones de soldaditos de plomo o plateados, que eran elaborados por maestros artesanos, eran de uso casi exclusivo de los hijos de las familias burguesas, debido a su alto precio. Había juguetes para niños y juguetes para niñas. Los niños preferían el tambor de hojalata, la pelota, los soldaditos de plomo, los caballos de cartón o de madera o las peonzas. Las niñas se divertían con muñecas, con los juguetes de cocina o con los juegos de mesa.

El niño proletario o campesino, para jugar, utilizaba juguetes sencillos o hechos por él mismo con los materiales y los objetos que había a su alcance: ramas de árboles, listones de madera, cajas de cartón, botes de hojalata, telas viejas, espuelas y serones de esparto... Todo ello le servía para hacer carricoches de madera, caballitos de caña, muñecas de trapo, espadas de madera, escudos de cartón... y así poder jugar a toros y toreros, a guerreros medievales, a camioneros, a agricultores, a amas de casa, al pillao, al escondite, al tranco, al corro de la patata y a tantos y tantos juegos en los que los dos únicos requisitos imprescindibles eran las ganas de jugar y la creatividad de los propios niños. Sin embargo, este tipo de juegos era más frecuente, como es obvio, en el campo que en la ciudad, donde los niños de las familias burguesas, mimados con juguetes caros para la inmensa mayoría del pueblo, tenían que practicar sus juegos en los pasillos de las viviendas o en los parques, bajo la atenta mirada de la doncella o criada.

Las calles eran el lugar de aprendizaje y de socialización del niño a través del juego. Corrían por calles llenas de barro o de polvo, según fuese invierno o verano; se mojaban en charcas, albercas y ríos; trepaban por el tronco de los árboles y las tapias de los corrales; se peleaban con palos y pedradas; ataban latas a los rabos de los perros y gatos. Eran juegos en los que primaba el esfuerzo físico, el riesgo y la violencia, en los que había unas normas consensuadas por todos los jugadores, con serias disputas con aquellos que las transgredían. Eran, en definitiva, juegos llenos de vida.

Muchos adultos de nuestra región, en entrevistas personales, manifiestan que cuando eran niños no tenían tiempo para jugar, por tener que ayudar a sus padres en las faenas del campo o ayudar a su madre en el cuidado de sus hermanos: *Es que no tenía tiempo de jugar, tenía tiempo de coger a mis hermanos de la mano y enseñarlos a andar* (Villanueva de la

Jara). *Yo casi no jugué, pues a los seis años me pusieron con una señora (Casas Ibáñez). Yo no he jugao, porque mi madre no tenía tiempo para que yo jugara, y tenía que trabajar (Casas Ibáñez).* A pesar de estas situaciones extremas de algunos niños, todos recuerdan emocionados el gran mundo de los juegos que en la infancia han disfrutado, como señalan la mayoría de los entrevistados. Aún chispean sus ojos cuando los relatan y la expresión de sus caras cambia radicalmente olvidando la mala época que según algunos les tocó vivir, incluso recordando sus peleas de barrio o pandillas, que formaban parte de su diversión: *nos apeñizábamos, o sea que nos juntábamos los de un barrio o en contra de otros y echábamos unas peñazines... Me acuerdo que una vez estábamos peleando y ya cojo yo a uno de mis enemigos, lo cojo prisionero, y un amigo mío que venía le tira una piedra, éste que iba delante lo ve y se agacha y entonces me escalabré a mí (Casa Ibáñez).*

Los niños se divertían con cualquier objeto y de cualquier manera: enseñaban a la cabra a topar, se subían en los troncos de los árboles a buscar nidos de pájaros, hacían rodar el aro de un cubo con un gancho, se hacían zancos con botes de hojalata... También jugaban con otros objetos que ya consideraban algo más especiales porque tenían que comprar, como la zompa, los bolos... y que algunos los conseguían ocasionalmente por viajes de sus padres.

Las calles eran el lugar de aprendizaje y de socialización del niño a través del juego. Corrían por calles llenas de barro o de polvo, según fuese invierno o verano; se mojaban en charcas, albercas y ríos; trepaban por el tronco de los árboles y las tapias de los corrales; se peleaban con palos y pedradas; ataban latas a los rabos de los perros y gatos. Eran juegos en los que primaba el esfuerzo físico, el riesgo y la violencia, en los que había unas normas consensuadas por todos los jugadores, con serias disputas con aquellos que las transgredían. Eran, en definitiva, juegos llenos de vida. *Enseñábamos a la cabra a topar y luego no nos podíamos acercar a ella, solo estaba topando...la hija del pastor y yo nos íbamos a un lavajo que es un hoyo grande que va recogiendo toda el agua que llueve... toda la siesta la pasábamos al sol y metías en el agua... Cuando no nos metíamos en el lavajo íbamos a buscar nidos, que nunca encontrábamos ninguno ...Una vez encontré pájaros recién salidos, con pelusilla, pero yo ¡que alegría llevé cuando vi el nido ! y cogí los pájaros (Villanueva de la Jara).* Cualquier cosa servía para hacer un rudimentario juguete. Cuando no tenían los me-

dios económicos para comprar, o incluso no había tiendas a su alcance donde poder hacerlo, la solución estaba en sus manos e imaginación: *pelotas, balones... pero los hacíamos nosotros cuando jugábamos al fútbol, entonces no había pelotas de goma tampoco, liábamos trapos, y luego por fuera los cosíamos para que no se desliaran los trapos, y ese era el balón. También hacíamos zancos con botes (Pozo Cañada). Con los aros, les hacíamos un gancho e íbamos rulando y dando vueltas por el pueblo (Casa Ibáñez) . Utilizábamos unas muñecas de trapo, con una media de seda les hacía los vestidos y les pintaba con un lápiz de color las cejas y los ojos (Villarrobledo). Nos juntábamos los niños y jugábamos con un aro rulando o corriendo por las calles y otras veces en una cuba de sardinas nos metíamos uno amarrao y otro dando vueltas. (Casas Ibáñez) Jugábamos con ruedas de la R.E.N.F.E. de esas que hay que pasan los “arambres”(sic) ...y a las carpetas (nos íbamos a la estación y en los vagones de abono les quitábamos las etiquetas a los sacos y con aquello se hacían carpetas) (Pozo Cañada). Y también con unos huesos que había en la carne de la pierna, salían unos huesos y con esos jugábamos, y jugábamos con alfileres, no con dinero. Si salía el hueso de una forma, ponías un alfiler, si salía de otra, lo sacaba y si salía de otra, entonces te llevabas todos los que había, porque jugábamos varias,: hacíamos un corro y poníamos un alfiler e íbamos jugando... era lo que hacíamos (Villarrobledo). Mis hermanos, claro, jugaban a cosas de chicos. Yo como era la mayor tenía que ponerles arreglo. Luego que ya era mayorcica ya me gustaba tener una caja con muñecas, ya me sentaba yo allí un ratico (Casas de los Pinos).*

Cualquier objeto formaba parte de los juegos de los niños en el pasado: *el”chusque” consistía en poner sobre un tronco de palo los santos, los santos de las cajas de cerillas, y lanzar un tejo para ganar las estampas que cayesen (Villarrobledo). “La roma” era una vara así de larga (señalando el antebrazo), le hacías la punta y la tirabas a ver cual le ganaba al otro... Estábamos jugando tres o cuatro. Cada uno tiraba una vez el palo, entonces la punta con una navaja se la afilábamos, donde estaba la tierra calá y luego allí, por ejemplo un roal como la mesa, yo tiraba y entonces el otro tiraba a ver si podía arriársela a la que había tirado antes (Casas de Lázaro)... a las bolas, al guá (Casas Ibáñez)...a la comba....jugábamos a la comba, al aeroplano que era... dibujábamos como un aeroplano en el suelo y con una teja le íbamos pasando con el pie cojo de una taleguilla, casilla a otra, y si pisaba la raya, ya se perdía, ya no se podía seguir jugando, le tocaba a otra (Villarrobledo).*

También jugaban con otros objetos que ya consideraban algo más especiales porque tenían que comprar, como la zompa, los bolos....y que algunos los conseguían ocasionalmente por viajes de sus padres: *iban a Cortes y nos traían alguna muñequita, pero lo único. Les cosíamos braguicas, vestidicos y nos entreteníamos con eso (Casas de Lázaro). Fue mi padre a Valencia y me trajeron unos juegos de bolos y con aquello en la cámara jugábamos, y otras veces me los bajaba y jugaba con mis hermanos, con los bolos aquellos (Casas de Juan Núñez).*

En algunos juegos el dinero también formaba parte de ellos: jugábamos al palmo pared, con una perra de esas de 10 céntimos tirábamos a la pared y cuando arrimas a la otra un palmo te llevas las perras, por eso decíamos el palmo pared (Pozo Cañada). También jugábamos a las caras.. jugábamos con dos perras gordas, la cara y la cruz, se echaban al alto y si salían caras... y se ponía así “al redor”(sic) la gente. El uno te echaba dos perras gordas, el otro un real... lo que tenían. ¡Las caras arriba! (Pozo Cañada).

Había algunos juegos que, aún siendo aparentemente los mismos, tenían distinta denominación según los lugares: ... *al salto, o sea uno se ponía agachao y los otros íbamos saltando y el que fallaba se tenía que poner y cambiaba. (Casas Ibáñez). Al fuera, blincaban por alto los chiquillos, se ponía uno agachao y blincaban (Villarrobledo). A la pídola. Es que se pone uno agachao y saltas por encima de él. (Casas de Juan Núñez).*

En ocasiones el simple deambular por las calles o el observar a los mayores era suficiente motivo para entretenerse y divertirse: *de que éramos pequeñas, 7 u 8 años, pasábamos todo el día en la calle para arriba y para abajo... (Montealegre del Castillo).*

El niño también se socializaba en la escuela, además de aprender los conocimientos básicos de la lectoescritura y del cálculo, que distaba mucho de ser algo parecido al sistema educativo actual o al menos algo que tuviera una estructura en la que participaran, en mayor o menor grado, los elementos que forman parte de la comunidad educativa, tuviera un respaldo social grande o un interés manifiesto y claro de los propios padres y de las autoridades de la época.

Había también grandes diferencias según se viviera en una ciudad, en un pueblo o en una aldea o casa de campo, tan abundantes entonces. Se enviaba a los niños y niñas a la escuela, a “enseñarles algo”, cuando no se necesitaban para otra cosa, por la noche y con alguna persona, sin titulación

en muchos casos, que tenía entre el grupo de personas con las que convivía, cierto saber de letras y números. En muchos casos, a estas personas si no eran maestros les servían las clases que daban para ganar unas “pesetillas”, para recoger algún pollo, conejo o docena de huevos que el alumnado les ofrecía como pago por sus servicios y que no les venían nada mal para su maltrecha economía, que al parecer era casi general. En otros casos, eran maestros nacionales los que impartían las clases y por supuesto la situación económica en la que se encontraban era la misma, o peor que la de sus vecinos, de ahí el dicho generalizado, “pasas más hambre que un maestro de escuela”.



Hasta el último tercio del siglo XX, los niños tenían que ayudar a sus padres en las faenas de la casa y, sobre todo, del campo. Por ello, el absentismo escolar era muy elevado en épocas de recolección.

TRABAJOS DE CAMPO: TESTIMONIOS SOBRE LA FAMILIA.

Evocación de distintos aspectos de su infancia en la familia a través de la entrevista.

Entrevistadora: Victoria Martínez

Entrevistado: Emiliano Martínez Rodríguez. 67 años.

Fecha: 11 de mayo de 2002

- Háblenos de su familia.

- Mis abuelos paternos se llamaban María y Cándido y los maternos se llamaban Adrián y Benita. Mis abuelos paternos vivían en una pedanía de Liétor (Albacete) y los maternos vivían en Casablanca, otra pedanía cercana. Éramos cinco hermanos, cada uno en su trabajo: Antonio el mayor, José el segundo, Emilia la tercera, Emiliano en cuarto (que soy yo) y María Teresa la última.

-¿A qué se dedicaba José, el hermano mayor?

-- Se hacía la vida en el campo. De primeras cuando uno es pequeño iba uno a la escuela, escuelas rurales que había antes; a medida que fue uno creciendo pues ya a la agricultura, en el campo; hasta que ya fue uno mayor y fue trabajando por cuenta ajena, echando jornales y cosas y haciendo después también trabajos por la zona de Valencia, eso lo hice yo y después me vine a Albacete y estuve trabajando en el trasvase Tajo-Segura hasta que ya luego me casé y ya “pos “ se formó una familia o se intentó formarla.

-¿De dónde procedía usted y su familia?

- Mis padres se casaron en una aldea del Nidal, una pedanía de Liétor y allí se casaron y allí crecimos todos y desde allí nos hemos ido desplazando todos por los diferentes puntos por ahí, a otras provincias; yo mismo me vine aquí a Albacete.

-¿Cuántos miembros forman su familia?

- Ahora somos tres hijos y el matrimonio.

-¿A qué se dedicaba su padre y su madre ?

- Mi padre se dedicaba a la agricultura, en el campo y mi madre lo que siempre se ha hecho, las faenas de la casa y también “pos” ayudar a lo que se podía, ayudar en el campo o criar animales, conejos y cerdos o algo, lo que se necesitaba para vivir, lo que se podía.

-¿En qué se ocupaban los mayores?

- Primeramente en el campo, después se casaron y se fueron por ahí, a la zona valenciana y a la zona de Murcia también y el resto pues como uno mismo se ha ido poco lejos de donde nació.

-¿Cómo eran las relaciones con los demás parientes?

- Las relaciones eran buenas. Antes la gente se visitaba más que ahora, hoy se visita menos. Ha cambiado todo.

-¿Se reunían alguna vez todos los familiares? ¿Cuándo?

- Todos, todos, siempre, era difícil. Los más cercanos sí, pero otros más lejanos ya es más difícil. ¿Cuándo? Hombre, siempre ha sido en alguna boda o alguna fiesta de la aldea o alguna cosa desagradable también. Cada uno se visitaba a medida de que podía ir.

- Las relaciones de vecindad, ¿cómo eran?

- Antes, yo creo que eran mejores que ahora. Hoy ni malas ni buenas. Antes había mucho aprecio, hoy ha cambiado mucho. Antes había más hermanamiento.

- ¿Era frecuente casarse entre parientes?

- Eso se ha mirado siempre poco, no se ha visto bien. Cosas remotas. Algún caso que otro se ha dado.

- ¿Cuál era la edad normal para el matrimonio en las mujeres? ¿Y en los hombres?

- Antes la gente se casaba sobre los 25-30 años. Los hombres si cabe algún año más. Alguna excepción había. Se juntaban o cosas así. Lo hacían mayores.

- ¿A qué edad se casó?

- Yo me casé a los 31 años.

- ¿De dónde procedía su mujer?

- Mi mujer era de la misma aldea que yo.

- ¿Cuántos hijos tuvo?

- Tengo tres hijas: María Dolores, Carmen y Victoria.

- ¿A qué se dedican?

- Se dedican a trabajar en lo que pueden.

- ¿Quién se encargaba de la educación?

- De la educación se encargaba tanto el padre como la madre, el que podía estar al tanto de las cosas.

- ¿Quién administraba la economía?

- La economía se administraba de común acuerdo, creo yo que se ha hecho así. Es cuestión del matrimonio.

- ¿Sabían todos leer y escribir?

- Mi madre no sabía leer ni escribir, pero los demás sí. Ella no llegó a saber.

- ¿Cómo era su casa?

- Mi casa era una casa de campo, de pocos lustres. Hace ya más de setenta años largos que está hecha. Las casas eran pobres.
-

Entrevistadora: Carmen Hernández López

Entrevistada: Emilia Simón Andújar. 90 años

Lugar de la entrevista: Lezuza (Albacete)

Fecha: 12 de mayo de 2002

¿De dónde procedía su familia?

- Mi madre era de Lezuza y mi padre de Balazote; mi abuela Jerónima era de El Robledo, era la madre de mi padre, y mi abuelo Francisco, era de Balazote, era Veterinario y vivían allí, en Balazote. Ella se llamaba Jerónima Ruiz González y mi abuelo se llamaba Francisco Simón Pardo. Tuvieron (mis abuelos), yo conocí, cuatro hijos: mi padre, mi tío José, mi tío Enrique y mi tía Acacia. Los padres de mi madre se llamaban Ramón Andújar García y Josefa Marín González, su mujer.

- ¿Cuántos hijos tuvieron sus padres?

- Dos hijos.

- ¿A qué se dedicaba su padre?

- Mi padre estaba en una ebanistería en Albacete porque no quiso estudiar y mi abuelo dijo que un gandul no iba a ser y lo mandó a Albacete. El mayor era Veterinario y mi padre se fue a Albacete y sabía muy bien el oficio de la ebanistería hasta que se casó. Al casarse se fue a Tiriez porque mi abuela tenía allí una labor; tenía 300 celemines en la vega y 300 fanegas en secano y mi abuela dijo yo ya me voy a vivir a mi casa en Balazote y les parto a mis hijos y al partir pues ya mi padre se casó y se fue a Tiriez y allí hemos vivido hasta hace muy poco, aún tenemos la casa. Yo estoy “criada” en Tiriez y venía a Lezuza “por temporás” con mi abuela, la madre de mi madre y ya me hice novia aquí y me casé y aquí vivo.

- ¿Cómo eran las relaciones con los demás parientes: abuelos, tíos, primos?

- Mi madre tenía tres hermanos: Ernesto, Manuel y Antonio. Antonio era médico y estuvo mucho tiempo de médico en Madrid, era íntimo amigo de □omidito□ y allí estuvo muchos años y luego sus señores, Los Frías, esos que robaron de La Torre de Juan Abab, pues se lo llevaron allí. El dijo que no se quería ir porque allí no ganaría para comer, pero le dicen esos señores que “lo que le haga falta para vivir se lo damos, usted se viene aquí” y allí

se fue. El otro era maestro, mi tío Ernesto, que estuvo en Alcaraz muchos años y el otro se quedó con la carrera a medio, era abogado, aunque le faltaba un año para terminar, pero se murió mi abuelo y como era el que ganaba, pues paró los estudios y no terminó y era el que estaba con mi abuela en Lezuza.

- **¿Se reunían alguna vez todos los familiares? ¿Cuándo?**

- En Pascuas y en las fiestas de Mayo

- **¿Era frecuente casarse entre parientes?**

- Sí, si lo era, pero nosotros no; no hay primos casados.

- **¿Cuál era la edad normal para el matrimonio?**

- Yo me casé aquí en Lezuza, con uno de Lezuza. El tenía 30 años cuando nos hicimos novios y yo tenía 21. Me llevaba 9 años. Luego me casé, fui novia tres años; así que, él tenía 33 años y yo 24. Tuve 7 hijos: cuatro hijos y tres hijas.

- **¿A qué se dedicaba su marido**

- Tenía un ganado muy grande y se dedicaba a las tierras, vivíamos de eso y gracias a Dios muy bien.

- **¿A qué se dedicaban sus hijos?**

- Pues cuando salieron de la escuela ya cada uno cogió su marcha; en fábricas estaban y están.

- **¿Sabían todos leer y escribir?**

- Si todos sabíamos leer y escribir. Mi padre iba a la escuela en Balazote y mi madre en Lezuza y yo en Tiriez y en Lezuza.

- **¿Cómo era su casa?**

- Era muy buena; aún está como era, tenía habitaciones arriba y abajo. Esta casa donde ahora vivo me la dejó mi tío, la mitad de la casa que es la que mi Pili ha arreglado, él me dijo “el día que tú faltes que sea para Pilar”, no hay escritura, de palabra me lo dijo: mi parte se la das a Pilar. Y se la di y ella la ha arreglado y aquí vive y yo vivo con ella; me vine con ella. Lo que mi tío tenía me lo dejó a mi todo; él tenía una criada y yo le traía comida y estaba con él.

- **¿Cómo eran sus relaciones con su suegra?**

Era muy buena mujer y me llevaba muy bien con ella, ya lo creo y ella también conmigo. Se quedó viuda joven, de 54 años, con 7 hijos: Heracleio, Dolores, Amparo, Lázaro, Marta, Carmen y Fernando. Ellos vivían en La Casa del Vado, en verano y en invierno en Lezuza. La casa era del abuelo Aniceto. Yo no conocí al abuelo Aniceto, murió antes de que me casara. La abuela era muy valiente y lo sacó todo adelante, te-

nía un rentero. Sus hijos no trabajaban, estaban a la vista de todo, iban a rentar y todo eso, pero trabajar en la tierra, no. Tenían mucho ganado, ellos estaban en muy buena posición.

Con la abuela, mi suegra, se fueron dos nietas, por temporás, y cuando se casaron la abuela entonces se fue con su hija Marta. Casi todos los días íbamos a verla, ella nos contaba cosas de sus padres. Ella sabía la historia de la gente, de la vecindad.

Mi marido murió joven, con 64 años. Murió de algo de corazón.

Esta fotografía es la de mi boda, el único recuerdo de la boda; está hecha en el patio. Llevo un velo blanco, un vestido largo negro y el ramo de flores en la mano con un lazo muy grande blanco. También llevo lazos blancos en los hombros. El vestido lo quise negro, ¿sabes por qué no quise blanco? Pues porque el blanco te lo quitas y ya no te lo pones más o te lo tienes que tinter, y yo dije, a mí que me lo hagan de boda, como si fuera un vestido blanco y luego me lo arreglaron y me ha servido y de ser blanco no me lo hubiera puesto, y por eso quise negro. El blanco siempre está colgado en el armario. Así se casaban antes aquí mucha gente. El pelo recogido y a ondas. Hace que me casé 66 años; me casé el 18 de enero de 1936 y la guerra estalló el día 18 de julio.

- ¿Cómo vivió la Guerra Civil?

A mi marido se lo llevaron a las trincheras de Extremadura. Tenía entonces una hija de un año. Allí estuvo dos años; era de la quinta de veintitrés, y se llevaron la quinta del 23 y del 24 juntas. En casa nos arreglábamos mal. Me fui con mis padres esos dos años.

- ¿Tuvo noticias de él?

- Escribía mucho. Estuvo, recuerdo, un mes sin saber nada de él y yo pensaba “lo han matao” y luego de golpe tuve 6 cartas y así venían. Cuando volvió vino “comidito de piojos”, no te lo quiero ni decir. Eso era padecer, hija mía. El llevaba la munición a las trincheras. No le gustaba hablar de la guerra cuando volvió. Para qué, decía, si aquello ya se ha pasado. Bastante pasó. Vino muy delgado.

ENTREVISTA SOBRE LA FAMILIA

NOMBRE DEL ENTREVISTADOR: Cintya y Verónica (3º ESO)

NOMBRE DE LA ENTREVISTADA: Llanos Angosto (70 años)

FECHA DE LA ENTREVISTA: 3 DE JUNIO DE 2002

- ¿De dónde procedían sus padres?

- Mi padre de Motilleja y nosotros, ya, de Albacete.

- **¿Cuántos miembros la formaban?**
- Somos cinco. Tres hijos y el matrimonio
- **¿A qué se dedicaba su padre?**
- Mi padre trabajaba en la Renfe, era fogonero.
- **¿Qué labores hacía la madre?**
- En casa, con nosotras.
- **¿En qué se ocupaban los hijos mayores?**
- Pues cuando fuimos chicos, estuvimos en casa, luego el colegio y luego -cuando éramos mayores, pues a trabajar.
- **¿En qué trabajaban?**
- Mi hermana trabajaba en un comercio, mi hermano era camarero y yo, que trabajaba en una droguería.
- ¿Cómo eran las relaciones con los demás parientes?
- Pues muy bien.
- **¿Se reunían alguna vez todos los familiares? ¿Cuándo?**
- Pues sí, nos reuníamos cuando podíamos, porque mi padre trabajaba como fogonero y estaba mucho tiempo fuera de la casa, de servicio, pero en Navidades y en la Feria de Albacete nos solíamos reunir.
- **¿Cómo eran las relaciones de vecindad?**
- Como familia. Todos nos llevábamos muy bien.
- **¿Era frecuente casarse entre parientes?**
- Pues en mi familia no. Casos he oído, pero en mi familia yo no conozco ninguno.
- **¿Cuál era la edad normal para el matrimonio en las mujeres? ¿y en los hombres?**
- En las mujeres los 24 o 25 años. Y en los hombres un poquito mayor, unos 29 o 30 años.
- **¿A qué edad se casó?**
- Yo me casé a los 26 años.
- **¿De dónde procedía su marido?**
- Mi marido procedía de Alcaraz.
- **¿Cuántos hijos tuvo?**
- Tuvimos 3 hijos. Dos hijas y un hijo.
- **¿A qué se dedicaban usted y su marido?**
- Mi marido era empleado de almacén y yo en mi casa con mis hijos.
- **¿Quién se encargaba de la educación?**
- Entre los dos. Entre mi marido y yo.
- **¿Quién administraba la economía?**

- El dinero lo administraba yo; pero claro entonces no había el dinero que hay hoy, había menos dinero y podíamos comprar menos cosas, pero aún así no se criaron mal mis hijos.

- **¿Sabían todos leer y escribir?**

- Pues sí

- **¿Cómo era su casa?**

- Una casa de clase obrera, que ni era un palacio ni tampoco una cuadra. Se podía vivir bien.

- **¿Cuál era el papel de los abuelos?**

- Mi madre murió en mi casa y mi suegra también. Mi casa era un asilo, todos los viejos venían bien y mis nietos también. Mi casa ha sido un refugio de familia.

**ENTREVISTA A MANUELA GALERA. 75 AÑOS.
ENTREVISTADORA: AMALIA ROMERO (3ºESO)
FECHA: 3 DE JUNIO DE 2002.**

- **¿De dónde procedían?**

- Mi padre procedía de Almería y mi madre de Albacete.

- **¿Cuántos miembros formaban su familia?**

Dos. Mi hermana y yo. Bueno y mis padres.

- **¿A qué se dedicaba su padre?**

- Mi padre era militar.

- **¿Qué labores hacía la madre?**

En casa, sus labores.

- **¿En qué se ocupaban los hijos?**

- La mayor era yo, y dos años menos mi hermana, íbamos al colegio y después ya nos pilló la Guerra Civil y nos prohibieron ir al colegio porque mi padre era militar y lo fusilaron los rojos y nos dijeron que no teníamos derecho a ir a clase; entonces a mi madre la perseguían porque querían matarla también como a mi padre, entonces nos fuimos fuera y estuvimos los tres años de guerra prácticamente escondidas. Al terminar la guerra nos vinimos a Albacete y cuando yo tenía 16 años murió mi madre y entonces nos quedamos huérfanas y nos crió mi abuelo, que era maravilloso, para mí. Mi abuelo era como mi padre. Luego ya estuve colocada en varios sitios: estuve de telefonista en el Gran Hotel, de cajera en El Precio Justo, en el Ayuntamiento y en varios sitios, hasta

que, en fin, tuve relaciones con el que fue mi marido y a los cinco años me casé. Yo tenía 25 años y formamos una familia.

Mis hijos estudiaron todos. Tuve 7 hijos. Unos han sacado carreras y otros no.

- **¿Cómo eran las relaciones con los demás parientes?**

- Familiar. Muy familiar. Estupenda, éramos maravillosos. Somos una familia maravillosa.

- **¿Se reunían alguna vez todos los familiares?**

- En cumpleaños y en fechas señaladas, nos reuníamos y nos visitábamos todos los días, éramos como .. como nos criamos huérfanas pues éramos como si fuéramos hermanos todos.

- **Las relaciones de vecindad ¿cómo eran?**

Bien. Yo siempre he tenido muy buenas vecinas.

- **¿Era frecuente casarse entre parientes?**

- Pues era frecuente, pero en mi familia ninguno.

- **¿Cuál era la edad normal para el matrimonio?**

- De los 23 a los 25-26 en las mujeres y en los hombres de 27 a 30 años.

- **¿A qué se dedican ahora sus hijos?**

- Son profesores de Educación Física tres y dos trabajan en el Hospital.

- **¿Quién se encargaba de la educación?**

- Su padre y yo.

BIBLIOGRAFÍA:

- Borrás, J.Mª (1996): Historia de la infancia en la España Contemporánea. Ed. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Madrid.
- Prust, A. (1989): Historia de la vida privada. Tomo V. De la primera guerra mundial a nuestros días. Ed. Taurus.
- Abella, Rafael (1975): La vida cotidiana en España bajo el Régimen de Franco. Ed. Argos Vergara. Barcelona.
- Sánchez Vázquez, I. (1986): Castilla-La Mancha en la Época Contemporánea. Ed. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- VV.AA.: Revista Zahora. Artes y Tradiciones Populares de la provincia de Albacete. Varios números: 8, 9, 30.
- VV.AA. (2002): Las regiones de la memoria. Ed. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.



Familia Coloma. Almansa. 1900



Publicaciones del Museo del Niño
(Museo Pedagógico y de la Infancia de Castilla-La Mancha)
Serie: Cuadernos del Museo. Nº 7
Tema: Historia de la infancia y la familia

Edita:

